

Editorial

Las epidemias siempre han generado temor entre los pueblos. Cualquier relato acerca de ellas es propio de una pesadilla o de película de horror. Daniel Defoe, célebre por su *Robinson Crusoe*, dejó un testimonio-reconstrucción de la epidemia de peste que azotó a Londres en 1665. Calles tapizadas de cadáveres, familias enteras que sucumbían al interior de sus casas, desesperados que se arrojaban por las ventanas a causa del dolor. Presa de pánico y terror, la gente buscaba escapar llevando consigo el mal, expandiéndolo. La putrefacción invadía todo el ambiente. En pocas palabras, el fin del mundo.

La impotencia ante semejante apocalipsis es comprensible. Se desconocía el bacilo que causa la enfermedad y por lo tanto proliferaban los remedios más inverosímiles para protegerse de él y curar a los sufrientes. Algunos lograban su cometido, pero la mayoría resultaban ineficientes. El miedo era natural.

Lo que no es del todo natural, es que hoy en día, conociéndose los agentes que causan las diferentes epidemias, exista todavía tanto miedo, y que el origen de éste continúe siendo la ignorancia. Es inaceptable que los organismos gubernamentales encargados de la salud, de la prevención de enfermedades, no proporcionen la información necesaria para que la gente sepa qué hacer, para que entienda cómo ocurre el contagio, cuáles son las vías y evitar así el miedo irracional.

La llegada del cólera a México, al igual que sucedió con el SIDA, ha puesto nuevamente en evidencia la actitud que tienen nuestros gobernantes ante problemas que se les escapan de las manos: ocultar, minimizar, aceptar a regañadientes, ignorar las causas de fondo. De Santa Anna, quien acusaba al Dr. Estrada, que atendía a su ejército, de alborotar a la tropa por un simple vómito, a la forma en que el actual secretario de Salud ha ejercido sus funciones desde la entrada del cólera al continente americano, se repite la misma constante.

La idea que hay atrás sigue siendo la misma: la eterna minoría de edad del pueblo mexicano ("si se habla claramente se puede alarmar la gente"), así como el tener que aceptar la incapacidad del Estado protector para garantizar la salud y el bienestar del pueblo.

Informar, analizar y discutir este tipo de problemas es para nosotros una tarea que se vuelve imprescindible en la medida que los medios oficiales de información mantienen la misma línea de desinformación, generando, como siempre, el mismo miedo.